



El mítico café 'El largo adiós', más conocido como 'El Cafetín', luce durante un instante completamente deshabitado. / R. Abella.



**EL SÉPTIMO DÍA**  
 por Rubén Abella

## Memoria de los bares

Hay libros que, por misteriosas razones, se quedan dentro de nosotros. Yo los llamo libros con eco, porque seguimos oyendo su voz después de haberlos leído. Libros afortunados que, como sus autores, consiguen dar esquinazo a la muerte. Escribo estas palabras pensando en una novela que leí hace tiempo: *La leyenda del Santo Bebedor*, de Joseph Roth. En ella, con ese estilo nítido y esencial que sólo llegan a poseer los escritores grandes, se nos cuenta la historia de Andreas Kartak, un harapiento *clochard* que pasa las noches parisinas bajo los puentes del Sena. Un atardecer de la primavera de mil novecientos treinta y cuatro, Andreas se encuentra por azar con un caballero maduro y bien trajeado que le ofrece doscientos francos

con una sola condición: que cuando pueda devolvérselos no se los entregue a él, sino al cura de la iglesia de Sainte Marie des Batignolles, en cuya capilla se guarda la estatuilla de una santa –santa Teresa de Lisieux– a la que el caballero profesa una honda devoción. Andreas acepta el dinero y el trato. «Soy una persona de honor», dice. «Le prometo que cumpliré mi palabra». A partir ahí la novela describe las dificultades que el *clochard* tiene para hacerlo. En varias ocasiones una suerte casi milagrosa vuelve a ponerle el dinero en la mano –le ofrecen trabajo en una mudanza, compra una cartera usada y encuentra en ella un billete de mil francos–, pero la vida se empeña en desviarlo de su camino hacia la santa. O, más que la vida, los ba-

res. Porque a Andreas le gusta beber y divertirse. A medida que pasamos las páginas le vemos ir de un *bistro* a otro y tomar absenta, *pernod*, vino blanco y *café arrosé rhum* en compañía de un desconocido, una antigua amante, un compañero de escuela convertido en futbolista famoso, una bella joven a quien seduce en un hotel de lujo y un viejo amigo llamado Woitech.

Una novela es buena, creo yo, cuando logra retratarnos a todos, cuando sus páginas se hacen espejos en los que los lectores nos miramos y nos reconocemos, unas veces con satisfacción, otras con inquietud, otras, por qué no, con miedo. En ese sentido *La leyenda del Santo Bebedor* es una novela espléndida. Nos habla de la precariedad de la vida, del carácter esquivo de la felicidad, del determinante papel que el azar –o el destino, que no es lo mismo– juega en nuestras acciones. Aunque debo admitir que al acabar de leerla no pensé en nada de eso. En lo que pensé fue en la cantidad de horas que, como Andreas Kartak, yo también he pasado en los bares.

El primer bar del que guardo memoria es el Reinoso, en la calle Magallanes, donde mis padres, mis hermanos y yo solíamos tomar el aperitivo después de la misa de una de los Franciscanos. Lo regentaba un hombre de pelo blanco, tez

rosada y unos ojos de un azul transparente llenos de bondad, sorpresa y resignación. Una de las paredes del bar la ocupaba un gran cuadro que mostraba una descolorida escena parisina. El Moulin Rouge, creo que era. Había un televisor subido a una bandeja

Una novela es buena cuando sus páginas se hacen espejos para reconocernos

En el Reinoso mi familia tomaba el aperitivo tras la misa de los Franciscanos

de hierro y una de esas máquinas en las que había que meter un duro y acertar con él a unos bolos con premio. En mi mente aún perviven el dulce burbujeo de La Casera de naranja, el animado alboroto de las conversaciones y el ruido que hacía la máquina cada vez que alguien le atinaba al bolo de

cien pesetas. De esos años recuerdo también, aunque de forma borrosa, la cafetería Maga y el Salón Ideal. De ahí mi memoria salta a los bares de la adolescencia. Primero el Basket, donde además de copas ponían partidos de la NBA. Luego los bares del Cuadro, el Portuguesa y la zona del Poniente, en los que mis amigos y yo nos pasábamos las horas muertas agarrados a una cerveza –o a un ron con Coca-Cola, si aún nos quedaba propina–, charlando, bromeando, riendo, pero sobre todo esperando a que acertara a pasar por allí la chica que nos gustaba.

COU y la carrera fue la época de las exploraciones. De los bares insólitos. Uno de nuestros favoritos era el de la Peña Taurina, que estaba –no sé si seguirá abierto– junto al Teatro Calderón. Entrábamos en él en tropel, como si fuera nuestro, y pedíamos tantas rondas de golpe que el camarero –un hombre calvo, con cara de apóstol– se enfadaba porque le dejábamos sin vasos para servir a los demás clientes. También íbamos mucho al Costa Verde, en la zona de Cantarranas. No había nevera y la dueña –viuda de un carabinero santanderino que, por lo visto, se llamaba como yo– tenía las cervezas metidas en un cubo con hielo. Pero nuestras exploraciones no se limitaban a los bares del centro. Con la misma pasión frecuentábamos los de la Rondilla, las Delicias, los Pajarillos o el barrio de Belén. Tanto nos gustaba el calor de los bares, que a la vuelta de mi larga estancia en el extranjero se me ocurrió la idea de hacer un libro. Una guía de nuestros bares predilectos. Su título: *Garitos*. En las fichas que aún conservo tengo registradas las visitas que, armados de cámara y bolígrafo, hicimos al Rincón del Cómic, la Mano Tonta, el Lisboa, la bodega Pedro –más conocida como el bar de los Muertos–, el Naná, el Cafetín, el Penicilino y el Paso –un bar de la Rondilla especializado en bebidas brasileñas–. Queríamos visitar muchos más, entre ellos el Ave Turuta, el Berlín, el Drake's, el Minuto, el Farolito, la Luna, el Terminal y el As de Copas. Pero la vida tiró de mí hacia otro sitio y el proyecto fue a parar al cajón de los planes truncados.

Hago cálculos y, entre las horas de sueño y las que he pasado en los bares, no sé cómo me ha quedado tiempo para hacer otras cosas. Poco a poco, sin embargo, me voy acercando a Sainte Marie des Batignolles. Hoy he quedado con unos amigos en uno de nuestros bares de siempre. Pero mañana sin falta iré a saldar mi deuda con santa Teresa de Lisieux. Soy una persona de honor, y he prometido cumplir mi palabra.

**Terremoto en Haití.**  
**Necesitamos tu ayuda.**

902 22 22 92  
 www.cruzroja.es

